

Actas del
IX Congreso Internacional
de la Asociación Hispánica
de Literatura Medieval

(A Coruña, 18-22 de septiembre de 2001)

I

Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica
de Literatura Medieval, 2005.

© Carmen Parrilla
© Mercedes Pampín
© Toxosoutos, S.L.

Primera edición, agosto 2005

© Toxosoutos, S.L.
Chan de Maroñas, 2
Obre - 15217 Noia (A Coruña)
Tfno.: 981 823855
Fax.: 981 821690
Correo electrónico: editorial@toxosoutos.com
Local en la red: www.toxosoutos.com

I.S.B.N. obra conjunta: 84-96259-72-2

I.S.B.N. volumen: 84-96259-73-0

Depósito legal: C-xxxxx-2005

Impreso por Gráficas Sementeira, S.A. - Noia
Reservados todos los derechos

La crisis religiosa de fines del siglo XIV y el *Libro de los Gatos*

Carmen Elena Armijo

Universidad Nacional Autónoma de México

Es notable que los mejores cristianos, los que piden con más insistencia una reforma inmediata, se imaginen todavía que sólo hace falta enderezar la disciplina eclesiástica, corregir las costumbres de los clérigos, desembarazarse de las personas indignas de la “clerecía”, cuando se trata, además y sobre todo, de dar una dirección nueva a la fe oficial, de confesar que el tiempo de la escolástica ya ha pasado, de elaborar otra teología.¹

El *Libro de los gatos*, colección de *exempla* castellana ubicada entre 1350 y 1400 pertenece a una de las épocas de mayor crisis tanto religiosa como política. En este periodo es imposible separar un aspecto de otro, ya que de hecho forman una unidad, se habla de una teopolítica que reina durante todo el Medioevo. La Baja Edad Media (siglos XIV y XV) marca una transición no sólo en el nuevo giro que se le tiene que dar a la fe sino también en la relación entre los grandes eclesiásticos y grandes señores. Esta relación es muy clara con el orden de los templarios, que eran a la vez eclesiásticos y señores con gran poderío, orden magna tanto en cuestiones religiosas como políticas, que tuvo un papel muy importante en las cruzadas y que fue la encargada de recuperar el Santo Sepulcro y defender las rutas comerciales. Unión que desaparece al ser exterminados en el siglo XIII por miedo a esta fusión tan poderosa.² De ahí en adelante habrá una distinción bien clara

¹ Charles Guignebert, *El cristianismo medieval y moderno*, trad. de Nélica Orfila Reynal, FCE, México, 1988, Breviarios, p. 126.

² En primer lugar, estos caballeros del Temple inauguraron un nuevo género de vida en el orbe cristiano; eran al mismo tiempo monjes y soldados, dos ocupaciones aparentemente antagónicas. Por otra parte, el éxito de la Orden del Temple y la enorme eficacia que demostró en todas sus empresas, tanto militares como económicas, provocaron la admiración y hasta la

entre hombres religiosos y los de armas, poniendo como característica de los primeros el no derramamiento de sangre y de esperma, es decir no combatir y mantenerse célibes y de los segundos, participar en la eliminación del infiel utilizando elementos bélicos y el matrimonio para asegurar la descendencia.³

El Cisma de Occidente, iniciado en 1378, representa las raíces de lo que será ya en el siglo XVI la gran reforma religiosa luterana. En el otoño de la Edad Media, como la llama el historiador Johan Huizinga en su libro con este título, la Iglesia se estaba desmoronando y perdía el gran poder y autoridad que durante siglos tuvo. El sobrenombre de la Gran Señora Feudal que a lo largo de la Alta Edad Media se le podía dar a esta institución religiosa, en este momento era solamente una añoranza para los clérigos. El tono de vida era la melancolía: un estado espiritual desesperanzado con respecto al futuro. Con los dos papas existentes uno en Roma, Bonifacio IX y otro en Avignón, el aragonés Pedro Luna que toma el nombre de Benedicto XIII, la Iglesia se viene abajo. Situación que se acrecienta al querer designar a un papa único en la persona de Martín V con el fin de solucionar este conflicto.

Enrique III de Trastámara como rey de Castilla, ante esta situación de crisis de la Iglesia, decide tener una actitud de sustracción de obediencia hacia el papado y el no reconocimiento de ninguna autoridad pontificia, igual que el rey francés, lo que ocasiona un debilitamiento de los partidarios del papa de origen aragonés. El rey castellano pretende asumir él mismo las funciones de papa, lo que agudiza las tensiones dentro del clero castellano motivadas por el propio Cisma, el aprovechamiento interesado

envidia de todos sus coetáneos. Los templarios se convirtieron en pocos decenios en la milicia más eficaz de la cristiandad y en los banqueros del papado, de los príncipes cristianos y de los señores de la época, que les confiaban sus tesoros y caudales. Y en tercer lugar, el misterio y la tragedia envolvieron los últimos días de la orden, en un final donde se mezclan las acusaciones de los crímenes más monstruosos, las torturas más espeluznantes, la sangre y las hogueras con el juicio de Dios. Cfr. Gonzalo Martínez Díez, *Los Templarios en los Reinos de España*, Planeta, Barcelona, 2001.

³ Vid. Giovanni Miccoli, "Los monjes", en *El hombre medieval*, ed. de Jacques Le Goff, trad. de Julio Martínez Mesanza, Alianza, Madrid, 1990, pp. 45-82.

del monarca de la situación a favor de sus pretensiones y un más amplio control monárquico de la iglesia castellana y consecuentemente la inestabilidad de la religión en toda la comunidad.⁴

Una estrecha relación existía entre los grandes señores y los grandes eclesiásticos, ya que entre ellos había diferentes convenios para favorecerse y enriquecerse mutuamente. En Europa y en Castilla en particular, se estaba viviendo un tiempo donde las decisiones que el papa realizaba tenían que ser aprobadas por los reyes, en el nombramiento de un obispo o de cualquiera de los altos mandatarios de la Iglesia no sólo intervenía la decisión del papa sino también del rey, éste tenía que dar su consentimiento.

La relación del monasterio con el mundo exterior y, sobre todo, su influencia sobre el entorno laico de mayor potencial económico, se establecía, en un primer grado, a través de las llamadas *familiaritas*, cuyo fundamento era la vinculación voluntaria con la comunidad a cambio de “una participación en los beneficios espirituales que ofrecía el cenobio”.⁵ En esta vinculación figuraba casi siempre el derecho que tomaba el familiar al ser sepultado en el recinto monástico, siempre a cambio de unas contraprestaciones en bienes materiales que la comunidad recibiría tanto en vida como después de la muerte del beneficiario espiritual.

Este tipo de convenios, a los que los creyentes aspiraban porque les aseguraba un puesto en la gloria y a los monjes un incremento sustancial de sus bienes materiales, había sido práctica usual cuando los monasterios españoles ni siquiera se habían integrado en la regla benedictina. Ni Cluny ni los cistercienses renunciaron a ella sino que se apresuraron a asumirla, conscientes ambas órdenes de que aquel tipo de convenios suponía un incremento del patrimonio monástico.

⁴ Cfr. José Manuel Nieto Soria, “La Iglesia castellana en los tiempos del Marqués de Santillana”, en *El Marqués de Santillana 1398-1458. Los albores de la España Moderna, La Época*. Nerea-Museo Diocesano, Cantabria, 2001, p. 168.

⁵ J. Orlandis, “La “familiaritas” en las iglesias y monasterios españoles de la Alta Edad Media”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, 24 (1954), cit. en Juan G. Atienza, *Monjes y monasterios españoles en la Edad Media*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1995², p. 306.

Por otro lado, entre las diferentes órdenes religiosas reinaba una gran rivalidad y competencia ocasionadas por la soberbia, la codicia y la ambición, lo que desembocó en la restricción para crear nuevas órdenes monásticas. Uno de los medios para alcanzar un nivel más alto en la jerarquía social medieval era entrar en una orden regular, por lo que los monasterios estaban llenos de clérigos sin vocación que no cumplieran sus funciones religiosas. Se hacían monjes,⁶ no para seguir el camino del asceta, que es la búsqueda de la trascendencia y de la divinidad, ni para practicar los votos de obediencia, pobreza y castidad, sino para escalar social y económicamente. Estos religiosos estaban muy lejos de lo que conocemos con el nombre de monjes. Evidentemente, había clérigos con vocación que tenían la esperanza de reformar y limpiar de toda codicia a la Iglesia. Por ejemplo, las órdenes de observantes que tenían una mentalidad pre-erasmista, o la orden de los franciscanos con San Francisco de Asís, la cual fue bienvenida por la Iglesia, a pesar de su tendencia al sufismo y de poner en evidencia la corrupción de la Iglesia. Esta orden fue aceptada por la Institución religiosa para calmar, por un lado, a los que pretendían practicar un cristianismo primitivo siguiendo las enseñanzas de Cristo y, por otro, para conseguir terminar con el problema de los cátaros, considerados herejes por la Iglesia, que de la misma manera seguían la línea de la simplicidad en la práctica del cristianismo. Es obvio, que al morir el santo de Asís, los franciscanos tuvieron que seguir las normas rígidas de la institución religiosa.

El poderío de las órdenes religiosas se puede ejemplificar con los abades benedictinos de Cluny que fundaron monasterios por

⁶ En esencia, se podría afirmar que el monje, cualesquiera que sean sus creencias y las tradiciones religiosas y culturales de las que forma parte, es un individuo que antepone a todos los demás intereses vitales el acercamiento colectivo a la trascendencia. Ser monje —o monja— constituye, en Asia o en Europa, en África o en América, el más decidido empeño que puede elegir el individuo para dedicar su vida a la búsqueda de la propia superación y al encuentro de lo que tradicionalmente se ha venido llamando “lo divino”, en contraposición a “lo humano” inmediato que se decide abandonar. Ser monje —o monja— es integrarse en una comunidad entregada a la experiencia de lo trascendente, aceptar sus coordenadas éticas y ascéticas y, a través de ellas, correr al encuentro de la propia superación. Cfr. Atienza, *op. cit.*, p. 13.

todo el camino a Santiago de Compostela,⁷ gran centro de peregrinación junto con Roma y Jerusalén, para controlar y tener el dominio de la sociedad. Fue tan numerosa su presencia, que durante la época del Cisma, uno de los requisitos para ocupar un puesto eclesiástico era no ser extranjero, solución que se tomó para conservar patrimonio.

En este ambiente aparece el *Libro de los gatos*, que con un tono ameno, irónico y divertido tiene como función principal poner en evidencia esta situación de crisis y denunciar las faltas de los eclesiásticos junto con las de los grandes señores. Lógicamente, escuchando o leyendo estos *exempla*, que servían para la predicación o para uso personal de los clérigos, la intención primordial no era tanto reformar a los clérigos y grandes señores, acto verdaderamente imposible, para alejarlos de sus principales vicios: la soberbia, la codicia, la avaricia y la concupiscencia, sino llevarlos a la luz, ya que lo que necesitaba la Iglesia era un nuevo giro en el aspecto de la fe.

El objetivo de este ensayo es abordar aspectos fundamentales relacionados con la crisis religiosa por medio de algunos *exempla* del *Libro de los gatos* y, al mismo tiempo, mostrar que este texto medieval presenta un mundo que está en una encrucijada en donde el cristianismo inicia una transformación. Esta crisis se debe a la fractura de la fe. Los vicios que cometen tanto los religiosos como los grandes señores son el resultado de que la gente duda ante lo esencial de la religión cristiana: la salvación. Por la estrecha relación que existe entre los clérigos y los señores poderosos, es a través de los primeros que se condena también a los segundos.

⁷ Los monjes benedictinos solían ubicar sus monasterios en puntos estratégicos en los montes. Así, separados del mundo pero dominándolo, se constituían como atalayas físicas y espirituales. Entre los principales monasterios e iglesias podemos citar los siguientes: Monasterio Viejo y Nuevo de San Juan de la Peña, Monasterio de San Salvador de Leyre, Capilla funeraria de Eunat, Saint Sauveur, Capilla de San Sebastián, Iglesia de San Cernín, Iglesia de la Colegiata de Nuestra Señora de Roncesvalles, Monasterio Benedictino de Irache, Monasterio de Yuso en San Millán de la Cogolla y Monasterio de Santa María la Real en Nájera, entre otros. *Vid.* Brian y Marcus Tate, fotografías de Pablo Keñner, *El camino de Santiago*, Ediciones Destino, Barcelona, 1990.

El *Libro*, con el significado que tenía en la Edad Media de *imago mundi*, expresa esta situación de crisis que se vive en la realidad.

Con un lenguaje simbólico y a través de diferentes animales el *Libro* describe esta crisis del mundo espiritual:⁸

La rivalidad y competencia entre las diferentes órdenes religiosas, así como su corrupción quedan ilustradas en el “Enxiemplo de una oveja blanca e de un asno e un cabrón” (XXVII). Este *exemplum* simboliza que lo que más les interesa a los clérigos es la apariencia, creen que por usar los hábitos de una de las órdenes existentes o por su apariencia ya pueden considerarse santos.

Las bestias, que se consideran cada una de ellas la mejor según su apariencia y discuten sobre temas religiosos, simbolizan a los clérigos necios de diferentes órdenes religiosas.

En la misma fábula se aclara el simbolismo de los animales. Las *ovejas blancas* simbolizan a los que visten de blanco así como los cistercienses o canónigos regulares de la Orden de Premostre; la *oveja negra*, a los que visten hábitos negros (prietos) como los benedictinos.

Las *ovejas* representan a los hijos de Jesucristo, a los buenos cristianos, sin embargo, en este *exemplum*, se refiere a los que usan *vestiduras blancas* para parecer *ovejas de Jesucristo*, viven vestidos como *ovejas* y por dentro, como dice el *exemplum* XXV: son “lobos, e gulpejas engannosas” que con sus hábitos blancos quieren aparentar gran santidad.

El *Asno que trae la cruz en las espaldas* personaliza a los que traen hábito con una cruz como los Caballeros Hospitalarios de San Juan y los templarios.

El *Cabrón que trae barba* simboliza a los de la Orden de Grandmont y a los legos de Císter.

Se aconseja a los religiosos que eviten el mal, el pecado, al diablo para no sufrir los tormentos del infierno y ganarse el paraíso.

⁸ Cito el *Libro de los gatos* (abreviado LG) por la edición de Bernard Darbord, Librairie Klincksieck (Séminaire d'Etudes Médiévales Hispaniques de l'Université de Paris-XIII), París, 1984.

Por ejemplo, a los cistercienses, a los premonstratenses y a los benedictinos se les avisa que, si no hay otras santidades en ellos más que las vestiduras, les sucederá igual que a las ovejas blancas y prietas a las que alude el salmo que dice “Ansi *commo* ovejas son puestas en -el infierno, la muerte la(s) *aspereçera*” (LG, XXVII). “Sicut oves in inferno positi sunt: / Mors depascet eos” (*La Vulgata, Psalmi 48 (49), 15*).⁹

A los hospitalarios y a los templarios se les advierte que:

si otra cruz non han en coraçon, que se entiende por castigar la carne, e si -se non guardan de -pecado de -la carne, *commo* de sobervia o de otros pecados, tales *commo* estos son asnos del infierno (LG, XXVII).

El hábito no hace al monje, así, el *exemplum* XXV del LG, al referirse a los cistercienses, dice: que si “las vestiduras blancas me *feziesen* santo, tantas me vistiría una sobre otra *fasta* que non pudiese mas traer”.

A los grandimontenses y a los cistercienses conversos, que son los hermanos laicos de esta Orden, se les avisa que aunque traigan grandes barbas no entrarán en el paraíso si no evitan el pecado, ya que “si por *aver* gran barba el *ombre* fuese santo, non avrie en -todo el mundo *tan* santo ome *commo* el cabron” (LG, XXVII).

De esta manera, se critica a los cistercienses o canónigos regulares de la Orden de Premostre con sus vestimentas blancas, que piensan que por el color utilizado ya están en un estado de pureza; a los benedictinos que visten de color negro (prieto), simbolizando el rechazo de lo mundano; a los templarios y a los Caballeros Hospitalarios de San Juan, que traen sus hábitos con una cruz, representando la misma imagen de Cristo; a los de la Orden de Grandmont y a los legos de Císter con sus largas barbas para ocultar la belleza de su rostro.

La santidad aparentada por los hábitos y la corrupción se manifiesta también en el “Enxienplo del conde con llos mercaderes”

⁹ “Como ovejas son llevados al seol, / los pastorea la Muerte”, *Biblia de Jerusalén*, ed. española de José Ángel Ubieta, trad. Equipo de traductores de la edición española de la Biblia de Jerusalén, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1975; Salmo 49 (48), 15.

(XXVI). Aquí el conde y los suyos se visten como monjes para poder robar con mayor facilidad. Disfrazados con vestimentas de religiosos y aprovechándose de la imagen de confianza que da el hábito, asaltan fácilmente en el camino a unos mercaderes. El engaño es claro “El conde e los suyos alcançaron los mercaderes. E-desque fueron llegados a -ellos, desnudaron las cogullas, e dieron en-ellos, en manera que llos mataron, e lles tomaron quanto trayan” (LG, XXVI). Del mismo modo que el conde finge y roba aparentando gran santidad, mienten y hurtan los falsos monjes con vestimenta de oveja blanca.

La concupiscencia de los clérigos y alejamiento de la vida monástica está claramente expresada en el “Enxiemplo de la mariposa” (XXX), donde se critica a los clérigos, monjes y legos que escuchan y leen las vidas de los santos y mártires, pero cuyas experiencias no les parecen placenteras, por lo que prefieren a las malas mujeres y su compañía, que son la escoria y la perdición.

mas ninguna vida destas non les pareçe tan plaçentera commo llas malas mujeres, o -su compania, que non son a(l) -sy non estiercol, e allegamiento de pecados. E -por esto diçe la Santa Scriptura Eclegiastica: “Toda mala muger ansi commo estiercol sera fallada en -el -in-fierno” (LG, XXX).

El *exemplum* se refiere al celibato eclesiástico instituido en el siglo XI por la iglesia católica. Los ministros sagrados tienen la obligación de guardar perfecta castidad y evitar todo contacto con el cuerpo de la mujer, vía de perdición. La sexualidad de la mujer es mala, hay que controlarla y reprimirla. El deber de los clérigos es servir a Dios.

Algunos de los ejemplos de gatos que aparecen en esta colección, denuncian las faltas tanto de los clérigos como de los grandes señores. Queda clara la relación que existe entre estos dos estamentos y su gran complicidad y corrupción.

Utilizan al gato, ya que éste en la sociedad medieval tenía un doble significado: en la vida cotidiana para acabar con las ratas y los ratones, para hacer faltriqueras, cinturones, cuerdas de instrumentos musicales, órganos y hasta se comía, y por otra parte es-

taba asociado a la hechicería, al diablo, al sabbat; de ahí la utilización de la figura del gato como símbolo del mal, sobre todo a partir del siglo XIII.

Por lo tanto, no es de extrañar, que en el *Libro de los gatos*, el “gato” sea el símbolo del diablo, o amigo del diablo.¹⁰

Se le asocia con los ladrones ya que se desplaza sigilosamente, ve en la oscuridad, oye el más ligero ruido y percibe con el olfato a cualquier animal que se aproxime, ambos actúan de la misma manera.

De igual modo, el gato simboliza a los amigos del diablo como son los religiosos codiciosos o hipócritas:

Ansi son de muchos clerigos, e de muchos ordenados en este mundo que non pueden aver rriqueças nin dignidades nin aquello que cobdiçian aver. Estonce a-yuna(n) e -rreza(n), ca -finense de buenos, e de santos. En sus coracones son muy falsos, e muy cobdiçiosos, e muy amigos del diablo, e façense paresçer al -mundo tales como angeles. E otros que se meten ser -monjes por tal que les fagan priores, e obispos, e -por esto façense corona, e visten-se abitos por que puedan tomar alguna dignidad, asi como el gato al mur. E -maguera entiendan despues que -lo han avido falsamente, por mucho que los otro(s) prediquen que lo dexten (LG, IX).

En el “Enxienplo del gato con el mur” (IX) se pone en evidencia a las personas que se hacen monjes para alcanzar alguna dignidad y no por vocación. Esta fábula narra la historia de un gato que se había comido a todos los mures salvo a uno que era muy grande, y para poderlo obtener toma el hábito de monje simulando gran santidad y cuando tiene la oportunidad se lo devora. El gato en esta ocasión simboliza a los codiciosos que se hacen monjes para enriquecerse y escalar en lo material, no en lo espiritual como se supondría. El *exemplum* termina con una frase

¹⁰ Para la interpretación del gato como símbolo del diablo o amigo del diablo, vid. mi artículo “La imagen del diablo en el *Libro de los gatos*”, en *Actas del VIII Congreso Internacional de la AHLM (Santander, 22-26 de septiembre de 1999)*, I, ed. de Margarita Freixas y Silvia Iriso, Consejería de Cultura del Gobierno de Cantabria-Año Jubilar Labaniego-Asociación Hispánica de Literatura Medieval, Santander, 2000, pp. 233-243, y “El simbolismo y los cuatro sentidos en el *Libro de los gatos*”, *Acta Poética. Cultura y literatura medievales*, 20 (1999), pp. 119-145.

muy significativa que dice “quando me pago so monje, e quando me pago soy calonje”, es decir, canónigo.

Asimismo, en el “Enxiemplo del mur que -comio el -queso” (LG, XVI), que se refiere a un hombre que tiene queso dentro de un arca, y debido a que un ratón se lo está comiendo, pone dentro del arca a un gato como guardián, que además de comerse el queso, se come al ratón, se muestra cómo los puestos eclesiásticos son asumidos cada vez más por personas ambiciosas, se quita a uno por corrupto y se elige sin ningún remordimiento a otro peor.

Tras la predicación del *Libro de los gatos*,¹¹ se encuentra la crítica feroz a los falsos religiosos. Los papeles parecería que cambian y que en esta crisis de la Iglesia, ya no es tanto a los fieles a quienes se dirigen los *exempla*, sino a los mismos miembros de la Iglesia que tienen a su cargo la predicación. Aunque algunos de estos *exempla* parecen dirigidos solamente a los religiosos, también hablan a los feligreses que toman el hábito para escalar social y políticamente y a los grandes señores que aparentan gran santidad para poder continuar robando.

Hay que reconocer que la imagen de la vida monástica medieval, tal como nos la han transmitido numerosos autores, ha sido, en general, la del historiador comprometido con la idea beatífica de que la Iglesia ha pretendido imponer —y que, de hecho, ha impuesto— en todo cuanto se refiere a su recorrido histórico. Así, la vida monástica se ha identificado siempre con la vía más espiritualizada del cristianismo, cuando, visto con la relativa objetividad que nos toca utilizar en medio de una cultura marcada por la política teocrática romana —incluso cristiana en general, ortodoxia oriental incluida—, tendríamos que reconocer que el monje fue tanto más puro y estuvo marcado por una más auténtica vivencia trascendente cuanto más se inclinó por la protesta y por el inconformismo, a menudo tachado de heterodoxia. Ha sido este el caso de los grandes reformadores monásticos y de su entorno inmediato: el caso de San Jerónimo, de Benito de Nursia, de Pa-

¹¹ Vid. Alan D. Deyermond, “The Moralization of the *Libro de los gatos*”, en *Actas de la sesión de homenaje a John Esten Keller*, Kentucky Foreign Language Conference (abril 1988).

comio, de Fructuoso de Braga, de Bernardo de Claraval.¹² En cambio, a medida que el monaquismo y sus diferentes corrientes se han integrado en el mecanismo eclesiástico, cuando la donación y sus búsquedas han sustituido a la entrega a secas, el ideal monástico ha ido cambiando en servicio a la política nacional o vaticana, y el monje medieval dejaba de serlo en espíritu, aunque no en aspecto, para conformar una figura similar a la del clérigo, sólo que agrupada en la seguridad, casi diría gremial o asociativa, de la vida comunitaria que se desarrollaba en los monasterios.

La Iglesia estaba llena de clérigos sin vocación que tomaban los votos no por razones espirituales sino principalmente para vivir con la mayor comodidad posible.¹³

Probablemente con la lectura de este trabajo, pueda pensarse que he tenido una postura poco ortodoxa hacia los principios que ha representado secularmente el monaquismo y hacia lo que representó la Iglesia en tanto que motor de posturas trascendentes del ser humano desde la implantación del cristianismo y en tanto que firme sostén de los esquemas culturales entre los que se ha movido la humanidad a partir de aquel instante.

Sin embargo, el *Libro de los gatos* pone de manifiesto estas conclusiones. Y tratar de justificarlas, haciendo referencia a necesidades transitorias que obligaban a que las cosas fueran por fuerza así, es inútil: si los monjes eran corruptos, simoníacos o fornicarios era debido principalmente a la falta de fe y a la incredulidad. El *Libro de los gatos* plantea esta falta de fe del sujeto que enfrenta al mundo sin ésta. Un mundo creado por Dios ante el cual el hombre duda.

Todo se pierde por falta de fe, no tanto por ambición política o afán de poder. Así, el *Libro de los gatos* nos presenta un mundo donde el problema religioso de la fractura de la fe y de la salvación están de manifiesto.

¹² Cfr. Atienza, *op.cit.*, p. 307.

¹³ Vid. Paul Johnson, "La sociedad total y sus enemigos (1054-1500)", en *Historia del cristianismo*, IV, trad. de Aníbal Leal y Fernando Mateo, Javier Vergara Editor, Barcelona, 1999, pp. 257-357.